

El estilo de pensar de Manuel García Morente

ALFONSO LÓPEZ QUINTÁS

MORENTE, COMO BUEN FENOMENÓLOGO, BUSCA EL SECRETO DE UNA VIDA AUTÉNTICA

La calidad y autenticidad de la vida humana va estrechamente unida con la idea de *progreso*. Fue ésta en la Edad Moderna una idea «talismán», y todavía lo es hoy día en buena medida. Se trata de una idea prestigiada en tal forma que apenas osa nadie someterla a profunda revisión¹. Morente aborda con lucidez la tarea de hacerlo, y concluye que «el progreso es la realización del reino de los valores por el esfuerzo humano»².

Pero ¿qué son los valores? ¿Cuál es su modo de ser y qué función ejercen en la vida humana? Morente subraya que los valores no pertenecen al mismo orden de realidad que las cosas y los objetos materiales. «Los valores no son cosas —escribe—. Los valores no son, no tienen ser, sino que precisamente valen, tienen valor. Por eso no son conocidos, sino estimados»³. Pueden ser estimados en más o en menos, y obtener de esa forma un rango distinto. De ahí la necesidad de ordenarlos jerárquicamente.

Si conocemos los valores y los ordenamos como es debido, comprendemos que el verdadero progreso no consiste en cambiar por cambiar, en acelerar el ritmo de los acontecimientos. «... La prisa devoradora aparece hoy como el símbolo más auténtico del progreso»⁴. Por eso «la humanidad se cree obligada, moralmente obligada, a correr hasta romperse el corazón». Esta voluntad de lanzarse hacia adelante y progresar se convierte en el ideal del hom-

¹ Sobre la relación entre los términos «talismán» y las tácticas manipuladoras pueden verse mis obras *Estrategia del lenguaje y manipulación del hombre*, Narcea, Madrid 1988; *El secuestro del lenguaje*, PPC, Madrid 1987.

² Cfr. *El hecho extraordinario» y otros escritos*, Rialp, Madrid 1986, p. 95.

³ Cfr. *op. cit.*, p. 99.

⁴ Cfr. *op. cit.*, p. 147.

bre moderno, tan influido por la doctrina kantiana de que «ni en el mundo ni en general tampoco fuera del mundo es posible pensar nada que pueda considerarse *como bueno sin restricción, a no ser tan solo una buena voluntad*»⁵. «Sólo es valiosa la voluntad, es decir, que sólo la actitud interna, sólo el ánimo con que hacemos lo que hacemos puede ser auténticamente objeto de juicio estimativo. El contenido, la materia de la acción, son en sí mismo indiferentes; el valor moral recae sobre la sola voluntad»⁶. La voluntad de progresar se va a convertir, así, en un ideal, por la convicción de que «lo bueno del progreso no es el progreso, sino el progresar»⁷. «El progreso no será, pues, plausible porque produce bienes y realiza valores sino que, por el contrario, esas cosas que el progreso produce serán bienes y tendrán valor porque las produce el progreso»⁸. El progreso es la carrera en pos de un ideal, que se identifica con la carrera misma, no con los valores realizados y los bienes obtenidos.

Esta fascinación ante la palabra «progreso», vista de forma abstracta, provoca la *ceguera estimativa* o, al menos, una falsa comprensión de los valores y de su jerarquía. «La predominancia de la prisa en el mundo actual y la subversión de nuestras estimaciones proceden, pues, de que nuestro juicio de valor valora la producción más que los productos y, por consiguiente, estimula la producción más que el goce del producto y, por consiguiente, también, sugiere la creencia de que el mayor mal es la detención y la quietud»⁹.

No es extraño que nuestra época no sepa bien lo que quiere hacer y ser, ya que carece de ideales claros y firmes, que vinculen a todas las personas y grupos con vínculos eficaces. En la política, en la religión y en el arte se advierte una falta de claros propósitos y criterios uniformes. Estos aspectos de la vida humana están tensionados por «múltiples y encontrados ideales, en ninguno de los cuales nadie en el fondo cree con tranquila y evidente creencia»¹⁰.

Este desconcierto espiritual lleva a los hombres a no comprometerse, a mantenerse en una posición de apatía ante los grandes valores, de escepticismo, de cobardía mental, de temor a creer, de huida ante la soledad de la propia conciencia. El hombre actual vive fuera de sí, acobardado ante la obligación de empujar innecesariamente la bola del progreso¹¹. «Temerosos de que nuestros deseos reales, nuestras preferencias profundas, nuestras valoraciones, en suma, puedan ser objeto de censura o de mofa, preferimos reprimirlas, contenerlas y entregarnos a la vorágine de una vida trepidante, que em-

⁵ *Ibid.*

⁶ Cfr. *op. cit.*, pp. 147-148.

⁷ Cfr. *op. cit.*, p. 148.

⁸ *Ibid.*

⁹ Cfr. *op. cit.*, p. 149.

¹⁰ Cfr. *op. cit.*, pp. 150-152.

¹¹ Cfr. *op. cit.*, p. 153.

briaga y llena la mente, eximiéndonos de toda coyuntura propicia a la meditación»¹².

Frente a esta situación decadente, Morente propone un serio examen de conciencia que nos permita descubrir que «el logro, el éxito no es preferible en sí sino por el valor de lo logrado y conseguido y que el mero afán de batir records, en alas de una técnica glorificada a ultranza, puede llevarnos a un fetichismo de la vana actividad, y provocar fatales consecuencias para el hombre y para el progreso mismo de la humanidad»¹³. Tal descubrimiento puede llevarnos a conseguir que los formidables avances de la técnica sean bien usados y permitan una organización tal de la vida humana que nos deparen el más deleitable comercio con los máximos valores¹⁴.

Los *Ensayos sobre el progreso* (Discurso de ingreso de Morente en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas) procede de 1932, momento histórico en el cual el fundador de la Fenomenología, Edmund Husserl, advirtió que el gran peligro del hombre europeo es el cansancio espiritual, la renuncia a una vida intelectual rigurosa y potente¹⁵. Es éste un tema de gran calado que sigue teniendo, lamentablemente, una gran actualidad, como supo ver Zubiri al delatar en su obra *El hombre y Dios* que las gentes actuales muestran cierta «fatiga del absoluto».

LA BÚSQUEDA DE LA AUTENTICIDAD HUMANA ES FRENADA
POR UNA METODOLOGÍA DEFECTUOSA

Este excelente planteamiento de diversos temas decisivos de la vida humana no dió todo el fruto que era de esperar debido a ciertas deficiencias en cuanto al modo de pensar y de expresarse que Morente recibió del ambiente intelectual de su época, muy en concreto de Ortega y Gasset. Basta leer detenidamente su *Ensayo sobre la vida privada*¹⁶ para advertir que el autor, pese a su lucidez mental y su gran capacidad de penetración filosófica, no estaba en disposición de aclarar de modo eficiente la vía regia de superación de la atonía espiritual por él tan brillantemente denunciada. Distingue entre *vida privada* y *vida pública*, pero no determina con claridad en qué consiste cada una de ellas y cuáles son sus relaciones mutuas. En la línea de Ortega, piensa que «las almas son en absoluto impenetrables», lo mismo que «dos cuerpos fi-

¹² *Ibid.*

¹³ Cfr. *op. cit.*, pp. 153-154.

¹⁴ Cfr. *op. cit.*, p. 156.

¹⁵ Cfr. «Die Krisis des europäischen Menschentums und die Philosophie», en *Die Krisis der europäischen Wissenschaften und die transzendente Phänomenologie*, M. Nijhoff, La Haya, 1954, p. 348. Versión española: «La filosofía en la crisis de la Humanidad europea», en *La filosofía como ciencia estricta*, ed. Nova, Buenos Aires, 1973, p. 172.

¹⁶ Universidad Complutense, Madrid, 1972.

sicos no pueden ocupar el mismo lugar»¹⁷. De ahí que las personas no puedan conocerse en lo que tienen de íntimo y peculiar, de propio y único¹⁸. La total compenetración de dos almas es imposible, y lo mismo, por tanto, la «vida privada». A ésta se opone la «vida pública», que es el conocimiento que se tiene de otra persona *desde fuera*, por la función y el oficio que ejerce y el papel que desempeña. Así, el hombre famoso ve su personalidad íntima «publicada», despersonalizada, convertida en cosa pública, puro objeto de contemplación para muchos¹⁹.

A la hora de caracterizar las realidades de su entorno, Morente sólo moviliza dos términos: persona y objeto o cosa. Por eso, a la persona que es vista de modo impersonal la denomina enseguida «cosa», «objeto». Del valor afirma que no es, sino que «vale». No acierta a determinar su modo de realidad, ni lo intenta. De modo semejante, a su entender la persona no *es*, sino que *vive*; no tiene un ser fijo, constante, definible, igual en todo tiempo. Su ser no es, sino que se crea, al vivir y viviendo. De ahí concluye, al modo de Ortega en *Historia como sistema*, que «las cosas tienen naturaleza, son naturaleza. Las personas en cambio, son libertad pura», «libertad creadora, lo contrario a la naturaleza, lo más opuesto a la objetividad»²⁰.

Morente advierte con sagacidad que, cuando dos personas se relacionan, no son dos objetos los que se vinculan, sino dos «mundos»²¹. Esta relación bilateral entre dos «mundos» constituye una «experiencia reversible». Como, al relacionarse una con otra, cada una de las personas se alteran, Morente afirma que no es posible conocer a otra persona, porque «nunca podré conocer las variaciones que en su mundo haya producido mi llegada»²². En sentido riguroso puedo conocer de otra persona lo que hay en ella de despersonalizado o cósmico, así como la envoltura natural y social en que la auténtica personalidad vive. «Bien sé que en muchas personas el elemento externo, lo común de muchos, lo tópico, lo social, las convicciones y reacciones mostrencas, predominan hasta el punto de reducir a la nada, o casi, la savia de la verdadera personalidad. Por eso una persona es tanto más fácil de conocer cuanto menos persona es. Y por eso también el trato y relación pública, el que relaciona entre sí la parte no personal de las personas, es el tipo frecuente de trato y relación»²³.

El conocimiento de una persona en lo que tiene de único, cambiante y sorpresivo sólo puede ser intuitivo, directo, viviente, no un conocimiento científico, por conceptos. Es un conocimiento por vía de trato²⁴. Este trato mutuo

¹⁷ Cfr. *op. cit.*, p. 15.

¹⁸ Cfr. *op. cit.*, p. 14.

¹⁹ Cfr. *op. cit.*, p. 17.

²⁰ Cfr. *op. cit.*, p. 21.

²¹ Cfr. *op. cit.*, p. 21-22.

²² Cfr. *op. cit.*, pp. 22.

²³ Cfr. *op. cit.*, p. 24.

²⁴ Cfr. *op. cit.*, pp. 25-26.

implica, entre otras relaciones, la de amor²⁵. ¿Qué tipo de relación es ésta? Morente afirma que el amante se *confunde* con el amado, pues la finalidad del amor es la *confusión* completa de las dos vidas, la fusión de ambas en un solo ser viviente, una absorción mutua en la que desaparece la distinción del yo y el tú. Esa *fusión* quiere ser exclusiva. El resto del mundo no interesa a los amantes sino en tanto que converja a alimentar su amor, es decir, su perfecta comunidad vital²⁶.

Aquí vemos cómo una metodología poco fina lleva a pensar que la relación del hombre con los seres del entorno sólo puede ser o de *fusión* o de *alejamiento y desinterés*²⁷. No acierta Morente a descubrir que la unión del hombre con los demás hombres, e incluso con los seres no personales, debe tender a ser una *unidad de integración*, que constituye un *campo de juego*, una *experiencia reversible*, en la cual se intercambian posibilidades para actuar con sentido. En este campo de juego y complementación se desborda, por fortuna, la escisión entre el aquí y el allí, el dentro y el fuera, lo cerradamente mío y lo crispadamente tuyo. Tal superación nos permite convertir en «*contrastes*» ciertos «*dilemas*», como el formado por la vida privada y la vida pública, la vida ética y la vida política²⁸.

Si tomamos los seres del entorno —personas, instituciones, obras culturales, seres vegetales y animales, utensilios...— como meros objetos o cosas, no lograremos superar el dilema «o fusionarse o alejarse». Sólo podremos conocer alguna de estas realidades alejándonos de ella y considerándola como objeto, objetivándola, impersonalizándola, reduciéndola de rango, lo que supone una forma espuria de manipulación.

Se advierte una y otra vez que Morente no destaca la posible vinculación de lo privado y lo público, de la relación de dos personas en cuanto tales y la de ambas con los seres de su entorno. No repara en que este entorno debe estar formado sobre todo por realidades «*ambientales*», que incentivan el carácter personal de quien se relaciona con ellas de forma creativa. Cuando uno se relaciona con realidades ambientales (personas, pueblos, instituciones, lenguaje, obras culturales, paisajes, valores...), no se enajena necesariamente; incrementa su «*intimidad*», su identidad personal, cuando lo hace con actitud creativa, fundando modos de unión fecundos, es decir: modos de *encuentro*, que son formas de *entreveramiento de ámbitos*. Este modo fecundo de unión supera la distinción entre lo objetivo y lo subjetivo que tanto preocupó a Morente.

²⁵ Cfr. *op. cit.*, p. 39.

²⁶ Cfr. *op. cit.*, pp. 41-42.

²⁷ Sobre estos temas pueden verse mis obras *El triángulo hermenéutico* (PPC, Madrid, 1971); *El arte de pensar con rigor y vivir de forma creativa* (PPC, Madrid, 1993), pp. 199 ss.

²⁸ Sobre la conversión de los *dilemas* en *contrastes* merced a la creatividad, cfr. *El arte de pensar con rigor y vivir de forma creativa*, pp. 323-346, 365-369, 380-393.

Nos resulta, por ello, desazonante, por ser empobrecedor de las posibilidades humanas, oír a Morente afirmar que «la fuente creadora de la cultura humana hállase en el individuo viviente, en la soledad personal, en la vida privada», y que «las relaciones públicas son siempre relaciones de cosas y con cosas»²⁹. Considerar todo lo público como «masivo» es injusto, porque el concepto de masa es *cualitativo* y significa la falta de estructura, la mera yuxtaposición tangencial. En la vida *pública* pueden fundarse relaciones creativas de gran valor y fecundidad para el desarrollo de la vida humana. Esas formas de unidad no constituyen una *masa* sino una *estructura*. Y este tipo de estructuras forman el ámbito integral que configura la personalidad de un ser humano.

Morente quiere destacar que lo decisivo en nuestra vida son las relaciones estrictamente personales, aquellas en las que movilizamos nuestra voluntad de crear relaciones de amistad, de amor y colaboración profunda. Pero esta vida creadora de tales relaciones no puede ser caracterizada como «vida individual», «vida real», en oposición a «lo colectivo, lo social, lo político, lo de todos y de nadie, lo público en suma»³⁰. Bien entendidos, ni lo *individual* se opone a lo *colectivo*, ni lo *personal* a lo *comunitario*. El hombre que vive de forma auténtica vincula el carácter personal y el comunitario. Si quiero vivir personalmente, debo estar creando en todo momento relaciones comunitarias.

EL «HECHO EXTRAORDINARIO» Y EL PERFECCIONAMIENTO DE LA FORMA DE PENSAR Y DE EXPRESARSE

El «hecho extraordinario» de carácter religioso que vivió Morente durante la noche del 29 al 30 de Abril de 1937 y que conocemos a través de una carta dirigida por el profesor al obispo Don José María García Lahiguera, determinó un cambio en su modo de pensar³¹. Su mirada interior se volvió más amplia, más penetrante e integradora. Morente había tendido a pensar que el hombre hace su vida de forma autónoma. Debe contar con las posibilidades que le ofrece el entorno, pero mantiene las riendas de su obrar. Las amargas circunstancias de la vida en guerra que lo habían zarandeado muy a su pesar despertaron en su interior la idea de que su vida había sido dirigida en buena medida por alguien que no era él. Estaba siendo *testigo* más que *autor* de su propia vida. Y se preguntaba con toda intensidad «quién, qué o cuál era la causa de esa vida que, siendo la mía, no era mía»³². Era su vida, pero en ri-

²⁹ Cfr. *op. cit.*, p. 55.

³⁰ *Ibid.*

³¹ Cfr. *El «hecho extraordinario» y otros escritos*, Rialp, Madrid, 1986, pp. 23-63.

³² Cfr. *El «hecho extraordinario»...*, p. 37.

gor no le pertenecía, pues su contenido había sido causado por algo ajeno a su voluntad. Pensó en Dios, pero rechazó pronto la idea como una «puerilidad», pues «Dios, si lo hay, no se cura de otra cosa que de ser»³³. Esto lo afirmaba con «la sonrisa irónica de la soberbia intelectual», pero pronto advirtió que ese tipo de «puerilidades» (como él decía) eran más de su agrado que «las supuestas sapiencias de un estricto determinismo causal»³⁴. Este agrado se le incrementó al observar que esa vida que él no hacía sino que la recibía estaba compuesta de «hechos plenos de sentido»³⁵. Se grabó en su espíritu la idea de una Providencia divina. Esa Providencia acababa de asestarle un golpe dolorosísimo, pero, al pensar en la existencia de la misma, sentía consuelo. Esta idea de Dios era, sin embargo, todavía abstracta y vaga. Se trataba de un Dios lejano, puramente intelectual, al que no se reza, aunque se piense en El³⁶. El hombre era visto como pura dependencia frente a este Dios ausente, puro término de la mirada intelectual. Y la actitud propia de las situaciones duras era la de la pura resignación, el sometimiento absoluto.

Esa lejanía de Dios le produjo en principio frialdad y luego hostilidad. En definitiva —pensaba—, la vida es mía, puesto que estos hechos me acontecen a mí, y me niego a aceptarla, a someterme al destino que ese Dios cruel, inflexible, despiadado, quiere imponerme³⁷. Se sintió lleno de rabia por la impotencia de la libertad ineficaz que poseía. No veía otra forma de ser verdaderamente libre que suicidándose, haciendo un acto supremo de posesión de sí mismo. Le espantó esta idea, sobre todo por su inutilidad, y concedió un respiro a su mente³⁸. Puso la radio para distraerse, y oyó *La infancia de Jesús*, oratorio de Héctor Berlioz. Esa música amable y sugestiva le ayudó a recordar la vida de Jesús como ser concreto, cercano, amable, redentor. Recordemos que Edith Stein, también fenomenóloga, discípula y ayudante de Husserl, se hallaba asimismo en busca de la verdad. Al leer de un tirón —durante una noche— la autobiografía de Santa Teresa de Avila, exclamó: «Aquí está la verdad». Morente, al vivir intensamente con la imaginación las escenas de la vida del Dios encarnado, se dijo a sí mismo: «Ese es Dios, ése es el verdadero Dios, Dios vivo; ésa es la Providencia viva», no el Dios inaccesible que se le había mostrado antes como indiferente a nuestra suerte. Entonces superó su tendencia a no creer sino en «la regularidad de los engranajes naturales y humanos», y estableció una relación de presencia y encuentro con ese Dios cercano. Se puso a rezar, forma de veneración adecuada al Ser Supremo. Al romper las barreras del individualismo altanero, sintió una inmensa paz y se vio transformado profundamente.

³³ Cfr. *op. cit.*, p. 39.

³⁴ Cfr. *op. cit.*, pp. 39-40.

³⁵ Cfr. *op. cit.*, p. 41.

³⁶ Cfr. *op. cit.*, p. 43.

³⁷ Cfr. *op. cit.*, p. 44.

³⁸ Cfr. *op. cit.*, p. 45.

Esta transformación afectó también a su modo de pensar. Lo que antes le parecía una paradoja inaceptable ahora lo veía como algo perfectamente lógico y fecundo. Así, por ejemplo, empezó a estimar que debemos *aceptar libremente* los hechos de la vida que Dios determina. De esa forma, tales hechos proceden de Dios, pero son nuestros porque los asumimos libre y conscientemente. «Ahí está el toque, ahí está la esencia de la Humanidad: aceptar a la vez sumisa y libremente. El acto más propio y verdaderamente humano es la aceptación libre de la voluntad de Dios»³⁹. De un golpe entrevió Morente que la *heteronomía* y la *autonomía* no se oponen cuando uno vive con actitud *creativa*. Ser libre y aceptar la voluntad del Creador no se oponen, no forman un *dilema* sino un *contraste*.

La posibilidad de este giro se le mostró a Morente de forma extraordinaria en la experiencia vivida inesperadamente horas después de la audición musical. «Volví la cara hacia el interior de la habitación y me quedé petrificado. Allí estaba El. Yo no lo veía, yo no lo oía, yo no lo tocaba. Pero El estaba allí.» «Si se me demuestra que no era El o que yo deliraba, podré no tener nada que contestar a la demostración, pero tan pronto como en mi memoria se *actualice* el recuerdo, resurgirá en mí la convicción inquebrantable de que era Él, porque lo he percibido»⁴⁰.

Después de esta experiencia liberadora, su primer propósito fue instruirse religiosamente, para recibir las verdades dogmáticas con sencillez de niño y enriquecerse con los valores que ofrecen⁴¹. Esta capacidad integradora de aspectos de la vida aparentemente opuestos permitió a Morente superar un concepto de la existencia humana demasiado autárquico. La tendencia orteguiana a considerar «la vida» como algo absoluto, independiente, fundamento último de toda realidad le pareció sin duda insuficiente. La vida humana, para ser vivida con plenitud, debe abrirse a otra forma de vida superior, concreta, personal, sobrehumana. Esa apertura sumisa nos hace radicalmente libres y nos llena de sentido, porque nos permite integrar modos de realidad muy diversos en rango y complementarios. «Lo más profundo que hay en mí no procede de mí» (G. Marcel).

En su artículo «Morente a los cien años», J. Marías alude a la influencia que la conversión religiosa ejerció en lo que podríamos considerar como su «conversión filosófica». Esa conversión —escribe— «significó para Manuel García Morente la superación de lo que le parecía entonces una limitación de su pensamiento anterior, una amputación de lo que sentía como necesario: integrar su filosofía en una verdad más amplia y más honda»⁴².

³⁹ Cfr. *op. cit.*, p. 49.

⁴⁰ *Op. cit.*, pp. 50-51.

⁴¹ Cfr. *op. cit.*, p. 50.

⁴² Cfr. *ABC*, 2-II-1986, p. 3.

EL MENSAJE DE MORENTE Y NUESTRA TAREA ACTUAL

A lo largo de todas sus obras, Morente pone de manifiesto la necesidad de adoptar un estilo de pensar que nos permita superar diversas escisiones y dicotomías que desgarran la vida humana: *sujeto-objeto, interioridad-exterioridad, idealismo-realismo...* Su invitación a integrar diversos aspectos de la realidad y ser fieles a las cosas mismas, más allá de cualquier interpretación o teoría, constituye para nosotros un reto no menos incitante y decisivo que lo fue en el período de entreguerras. La necesidad de aunar las diferentes vertientes de la realidad es hoy mayor que nunca. Y para lograrlo, contamos afortunadamente con investigaciones filosóficas extraordinariamente fértiles.

El grupo de filósofos polarizados en torno a la Revista de Occidente bajo la dirección de Ortega y Gasset realizaron una admirable labor de investigación y difusión cultural que debemos agradecer sobremanera. Su contribución cobrará todo su alcance si nos cuidamos de perfeccionar su orientación metodológica, que en ciertos aspectos es algo menesterosa⁴³. Ese perfeccionamiento nos permitirá descubrir que la vida *pública* no es siempre alienante, objetivante, despersonalizadora, pues debe ser el campo de despliegue de la realidad personal humana, llamada a desarrollarse *comunitariamente*.

Esta vida comunitaria se realiza cuando las personas se unen por vía de integración, no de confusión o fusión. La lectura de Morente pone de manifiesto que urge investigar a fondo las distintas formas de unidad que puede crear el hombre con las realidades de su entorno: personas, instituciones, obras culturales, valores de todo orden. Lograr las formas de unidad más altas constituye la quintaesencia del verdadero progreso por cuanto es *el ideal auténtico del ser humano en cuanto persona*⁴⁴. Comprender bien esto es decisivo para superar de raíz el Nihilismo, que, como pronosticó Nietzsche, está llamando hoscamente a nuestras puertas.

⁴³ Es la conclusión a que aboca el amplio análisis que realicé en la obra *El pensamiento filosófico de Ortega y D'Ors*, Guadarrama-Labor, Barcelona 1972.

⁴⁴ Lo explico con cierta amplitud en *El amor humano. Su sentido y su alcance*, Edibesa, Madrid 1991, pp. 31993; *El arte de pensar con rigor y vivir de forma creativa*, pp. 401 y ss., 711 y ss.